

Arco de Septimio Severo, que el emperador se hizo levantar al noroeste del foro romano, al regreso de su campaña en Mesopotamia. Como se lee en la inscripción superior, el arco fue también dedicado a Geta y Caracalla, hijos del emperador, aunque el nombre de Geta fuera borrado cuando su hermano le asesinó.

De los Severos a Diocleciano

A la muerte de Cómodo, único descendiente de la dinastía de emperadores filósofos, el Imperio quedó sin cabeza durante algunos años. Dos hombres de bien, pero sin carácter, Pertinax y Didio Juliano, ejercieron por corto tiempo el cargo de príncipes del Senado, pero el primero murió en una refriega con los pretorianos, y el segundo quiso obtener su aprobación ofreciendo a cada soldado pingüe *donativum*, que era el

regalo que hacía a cada veterano un nuevo emperador. Un candidato, llamado Sulpiciano, arengó a los pretorianos y ofreció hasta 5.000 dracmas a cada uno, pero Didio Juliano, que les habló desde lo alto de la muralla del castro pretoriano, elevó la dádiva a 6.250. Con tal regalo, cesó la disputa: la guarnición abrió las puertas del castillo-cuartel, y Didio Juliano, con una escolta numerosa, fue al Senado, que no pudo hacer

Moneda romana con la efigie de Clodio Albino (Museo de las Termas, Roma). La elección de Didio Juliano, lograda con cohecho tras la muerte de Pertinax, rebeló a las legiones, que eligieron emperadores a sus respectivos caudillos. Las británicas, a Clodio Albino; las de Siria, a Pescenio Niger, y las de Panonia, a Septimio Severo.



más que ratificar la elección. Así se vendió o subastó el Imperio.

Mientras tanto, las legiones de provincias, algo escandalizadas, habían escogido cada una su emperador. Hubo, como siempre en tales ocasiones, guerras civiles entre los propuestos por las legiones, pero el que eligieron las estacionadas en el Danubio acabó por imponerse y encontró el campo libre por el asesinato de Didio Juliano, aún indeciso en el Palatino.

El nuevo emperador elegido tenía por nombre Septimio Severo. Era africano, de Leptis Magna, capital de la Tripolitania. Su origen, aun en la vejez, se le notaba por el acento púnico.

Había nacido el año 146 y fue elegido emperador el 193. Tenía entonces cuarenta y siete años. Conocía bien el Imperio, había

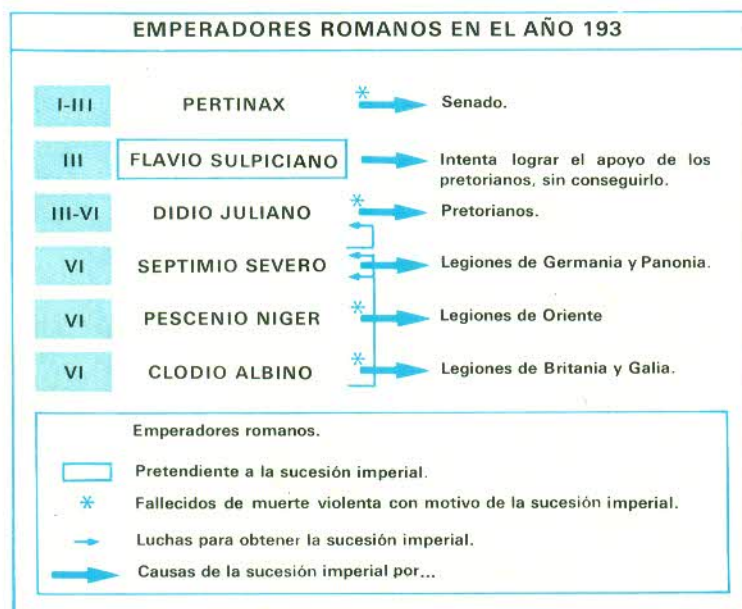
ejercido cargos políticos en Roma y en varias provincias, y hasta participado en campañas militares con Marco Aurelio, Cómodo y Pertinax. El año 180, encontrándose en Siria como legado de la legión Scythica, casó con Julia Domna, hija del príncipe de Emesa, ciudad mística, centro del culto solar. El padre de Julia Domna se llamaba Bassianus y era el sumo sacerdote del templo de un Baal asociado al Sol. Su cargo era hereditario y compatible con el de sacerdote del Júpiter romano.

Julia Domna era de gran belleza y muy inteligente. Ejerció un influjo permanente no sólo durante la vida de Septimio Severo y de su hijo Caracalla, sino también en varios subsiguientes emperadores de corto reinado. Llegó a Roma acompañada de su hermana Julia Mesa y de dos sobrinas, Julia Soemias y Julia Mamaea. Estas cuatro princesas sirias formaban una camarilla que desde el palacio proponía cambios y aconsejaba en todos los asuntos de gran importancia. Así, puede decirse que desde el 211 al 235 el Imperio fue regido por mujeres y además sirias y no romanas.

Septimio Severo no fue un emperador ocioso. A pesar de su edad y sus ataques de gota, acudió a las fronteras del Oeste y del Norte, donde se agitaban los bárbaros, e hizo hasta un viaje a Leptis Magna, su ciudad natal. Julia Domna, su consorte, le acompañó en todos los viajes. El primer hijo, Caracalla, nació en Lyon, y el segundo, Geta, en Roma. Debía de satisfacerla actuar como oficiante en el culto al Sol. Las demás princesas quedaban en el Palatino propagando la nueva religión del Júpiter Helio-politano.

Después de triunfar en la guerra civil, Septimio Severo gobernó desde el año 197 al 211. Edificó en Roma el Septizonium, que se veía desde lejos al llegar por mar; construyó un gran arco de triunfo con tres puertas, cuyos relieves decorativos conmemoran sus campañas contra los partos, y otro en Leptis Magna. Sobre todo fomentó la sistematización de la jurisprudencia; el más famoso juez, cuyas sentencias son todavía las más estimadas, Papiniano, fue nombrado prefecto del pretorio, ayudado por sus discípulos, también jurisconsultos, Ulpiano y Pablo. Las disposiciones de estos años de gobierno del emperador africano se caracterizan por un sentimiento de simpatía hacia las clases inferiores y débiles: *humiliores tenuis vitae homines*. Según Papiniano, de acuerdo con la ley natural, todos los hombres son iguales: *Quod ad jus naturale attinet omnes homines aequales sunt*.

Septimio Severo murió en una expedición a la Gran Bretaña que tenía un doble obje-



LA POBLACION DEL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO III

En el siglo III continuó la evolución de las tendencias de transformación que se anunciaban en el II, y en todos los terrenos surgieron, a pesar de los trágicos sucesos políticos, nuevas instituciones que después se organizaron en sistema. A finales del siglo, la transformación se habrá producido y el nuevo estado demostrará una vitalidad poderosa durante unos siglos.

La población del Imperio disminuyó numéricamente, sobre todo en Italia, Grecia y las Galias. La difusión del latifundismo y su economía característica, las continuas guerras, la falta de seguridad, la peste y el paludismo fueron las causas principales de este fenómeno. Al mismo tiempo, varió lentamente la composición étnica, por la aportación cada vez más intensa de elementos bárbaros en las zonas periféricas. Por otra parte, a pesar de la unificación general, resucitaron tendencias nacionalistas, sobre todo en aquellos lugares donde no había desaparecido por completo la tradición lingüística local (celtas, ilirios, tracios, arameos, púnicos). Especialmente el reino de Palmira creó en pocos años una floreciente comunidad de intereses económicos y comerciales que preludiaba el resurgir autónomo del Próximo Oriente.

En cuanto al estado jurídico de las personas, la *constitutio* de Caracalla había aumentado extensamente el número de los ciudadanos, hasta el punto que prácticamente quedaban fuera sólo los bárbaros, apenas admitidos en el Imperio como labradores (*inquilini*) de los propietarios o como colonos adscritos al suelo

en las tierras públicas (*laeti*), y los esclavos, que además disminuían más rápidamente aún que la generalidad de la población.

En el aspecto social, a la ampliación del principio igualatorio no le correspondía la mejora de las condiciones. La opresión de las ciudades, tanto por la disminución de la autonomía administrativa local como por el aumento de las grandes propiedades, privadas e imperiales, contribuía a la desaparición del artesano libre, del pequeño propietario y del comerciante. El pequeño arrendatario sucumbía por la presión tanto del latifundista como del *conductor*, gran arrendatario incrustado entre ambos. El colono se asemejaba cada vez más a los *inquilini* bárbaros. Los emperadores, interesados vivamente en este siglo por las clases bajas, intentaron impedir las vejaciones, favorecieron los *collegia tenuiorum* y perfeccionaron las formas de asistencia. Pero su mismo interés se traducía en injerencia cada vez más opresiva en la vida de los individuos y llevaba a regular las actividades en el sentido de coaccionar la vida profesional.

La reglamentación exigida incluso por las presiones fiscales avanzaba hacia la característica forma de sociedad en que la colectividad es obligatoria y responsable en todos los terrenos: las colectividades de los diferentes oficios y servicios, incluso para ejercitar los varios y propios monopolios del estado; las colectividades campesinas, cada vez menos libres: las colectividades de los curia-

les... Las *munera*, esto es, las prestaciones forzosas que gravaban las clases medias no reglamentadas en colegios profesionales y en colonato, extendían también a cualquiera que presumiera ser todavía algo independiente las cargas comunes impuestas por lo que se ha llamado un "socialismo de estado".

El privilegio, imposible de eliminar en la sociedad antigua, sólo aliviaba parcialmente de las cargas a las clases elevadas, pues no estaban sometidas a las *munera sordida*. Continuaba la diferencia de trato en derecho penal entre *honestiores* y *humiliores*. Casi toda la riqueza estaba en manos de la clase senatorial, así como la fuerza para defenderla, incluso con éxito, frente al estado. Pero la política popular de algunos emperadores y el afán de dinero intervinieron para ocasionar un nuevo reparto de los patrimonios por medio de las confiscaciones y de las imitaciones de contribuciones extraordinarias, mientras la *annona militaris* gravaba a toda la aristocracia.

La sociedad se renovaba incluso en la cumbre y los mismos vaivenes políticos del siglo contribuyeron a acelerar aquel movimiento. El orden ecuestre representó sobre todo la viva participación de los hombres nuevos en la vida pública. A lo largo de este siglo, la aristocracia romana debía alterarse profundamente, en espera de cristalizar de nuevo como orden de los poderosos, sin diferencia ya entre senadores y caballeros, en la aristocracia del siglo IV.

A. G.

tivo: castigar a los pictos o bárbaros de más allá de la muralla que dividía la isla, y separar a sus hijos de la corrupción de costumbres que predominaba en Roma. Como sucesión, Septimio Severo proponía un correinado de sus dos hijos Caracalla y Geta, pero Julia Domna se opuso a esta solución y exigió que el Imperio, sin reservas, fuese otorgado a Caracalla. Geta murió apuñalado en los brazos de su madre.

El reinado de Caracalla ha recibido los juicios más contradictorios. No le favorecía su aspecto físico: era pequeño, feo, casi repugnante. Su retrato, de un gran naturalismo, ha sido calificado de satánico. Fue cruel, vicioso, de feroz ambición: decía que era dios, pues que su padre había subido al cielo solar. Para hacerse perdonar sus faltas, Caracalla construyó las gigantescas termas que son todavía, hasta en ruinas, el monumento máximo de la Roma imperial. Continuó prestando atención a la obra de jurisprudencia clásica que había interesado a su



Busto de Septimio Severo, el primero de los emperadores soldados elegido por su ejército y consolidado por la fuerza (Museo del Capitolio, Roma). Su actividad se desarrolló desde el año 193, y primero suprimió a sus rivales, que se daban como él el título de emperadores, y luego emprendió sus campañas de Oriente, que le llevaron a conquistar la ciudad de Ctesifonte, capital de los partos. Las reformas que hizo en el seno del ejército tendieron a dar mayor poder a la clase militar.

Pintura sobre tabla, procedente de Egipto, en que se hallan representados Septimio Severo, su esposa Julia Domna y sus hijos Caracalla y Geta (Museo de Berlín). La cabeza de este último está completamente borrada.



Busto del emperador Caracalla, que sucedió a su padre en coregencia con su hermano Geta, a quien mandó asesinar poco después (Museo del Louvre, París). Como emperador fue un exaltado, que soñó imitar las conquistas de Alejandro Magno en Oriente. Por eso, los favores que concedió al ejército aumentaron su poder, pero, a la larga, le perjudicaron, hasta costarle la vida.



padre. Mejoró la condición de los soldados aumentando sus sueldos y permitiendo su casamiento, lo que hizo que los cuarteles de las legiones se transformaran en pequeñas ciudades que perduraron hasta la Edad Media. Los más importantes documentos geográficos conservados son de la época de Caracalla: uno es un manuscrito con los itinerarios y nombres de los lugares, y otro

la tabla de Peutinger, un mapa del Imperio con las vías de comunicación.

Pero lo que dio y da todavía gloria y renombre a Caracalla es el edicto de 212, que concedía los derechos de ciudadano romano a todos los inscritos en el censo de provincias. Se han discutido bastante las razones que tuvo Caracalla para promulgar su edicto, pero en un papiro procedente de Egipto se precisa en su introducción: "Doy a todos los *peregrinos* (léase extranjeros) la facultad de organizarse según las formas de ciudadanía romana". Para autores cristianos como San Agustín, el edicto de Caracalla fue "un acto generoso y humano". Pero en la antigüedad se creyó que tenía por objeto aumentar el número de contribuyentes y estimular a los que proseguían practicando ritos de antiguas religiones bárbaras a adoptar el culto de los dioses clásicos y del dios Sol de Emesa.

En esta gran reforma debieron de intervenir los jurisconsultos que formaban un cuerpo de técnicos al lado del emperador. La reforma no debió de ser aceptada por unanimidad, porque uno de los abogados fue asesinado. Caracalla murió a manos de un legionario cuando iba a practicar sus devociones en el templo de la Luna, en Carras, junto al Éufrates.

El que preparó el asesinato, Macrino, asimismo africano, un beréber, fue también asesinado; no duró más que un año. Las princesas de la corte de Septimio Severo, aunque desterradas en Emesa, no permanecían inactivas. Y convencidas de que había llegado la hora de imponer un emperador emesitano, escogieron al hijo de Julia Soemias, que a los catorce años era ya sumo sacerdote de Júpiter Heliopolitano. Las dos princesas sirias fueron a Roma con el escogido, que se llamaba El-a-Gabal o hijo del dios, nombre que los romanos tradujeron por Heliogábalo. El nuevo dios-emperador fue recibido con benevolencia por el Senado y el pueblo de Roma, lo que nos da idea de cómo la capital estaba impregnada de supersticiones orientales. Heliogábalo poseía gran prestancia: vestía ropajes riquísimos, y dirigía él, en persona, las danzas escabrosas de los ritos orientales. En palacio actuaba como supremo sacerdote del dios solar, y por las calles iba delante de los cortejos de devotos, siempre marchando de espaldas para mantener la mirada fija en el simulacro de Emesa que llevaban los acólitos. Los escándalos y dispendios de Heliogábalo acabaron por exasperar al pueblo y al Senado, y los pretorianos asesinaron al emperador divino y a su madre y echaron sus cuerpos al río.

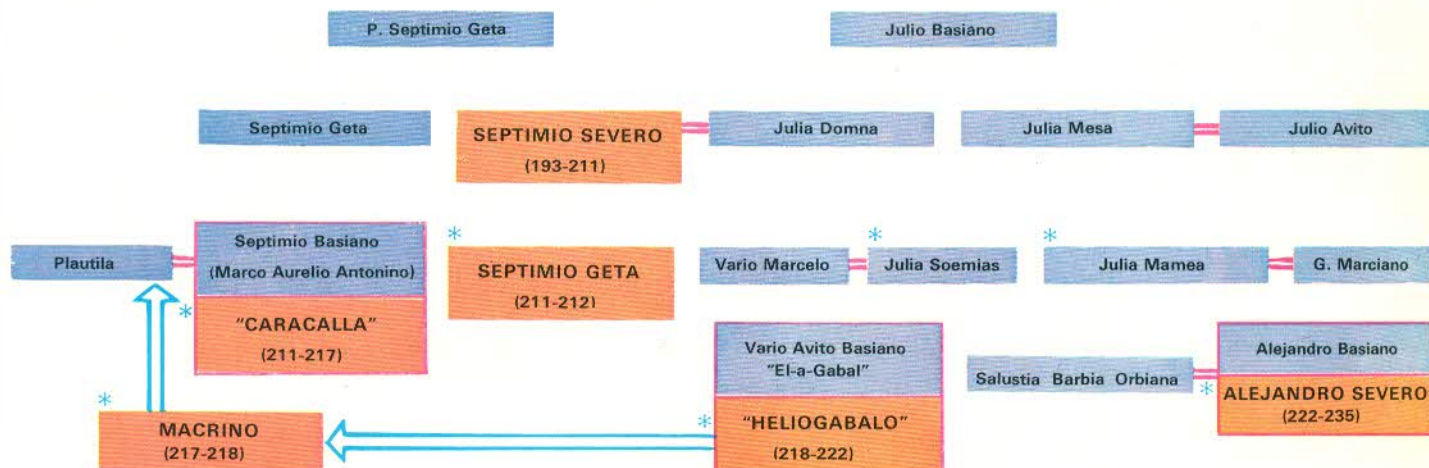
Parece imposible la fama que consiguió



Anverso y reverso de una moneda de oro del emperador Geta, hermano de Caracalla (Gabinete de Medallas, París). Las luchas con que empezó el reinado de ambos dieron la victoria a Caracalla, que no sólo eliminó a su hermano, sino también a muchos de sus partidarios y a los descontentos.



DINASTIA DE LOS SEVEROS (193-235)



- Emperadores romanos, con las fechas de su reinado.
- ➡ Luchas para obtener la sucesión imperial.
- No perteneciente a la dinastía de los Severos.
- * Fallecidos de muerte violenta con motivo de la sucesión imperial.
- Enlaces matrimoniales.
- Nombre del emperador antes y después de su elección.

CONDICIONES ECONOMICAS DEL MUNDO ROMANO EN EL SIGLO III

La crisis económica iniciada en el siglo II se vio impulsada por los vaivenes políticos del III, a su vez influidos por aquélla. La despoblación, las epidemias, los gastos de las guerras y las ruinas por ellas ocasionadas, los daños de las profundas incursiones de los bárbaros, que destrozaron las riquezas de las ciudades orientales y paralizaron la actividad de medio Imperio con su amenaza constante, el empobrecimiento de los cultivos y el abandono de las tierras al bosque y las marismas debido a la escasez de la mano de obra especializada en el cuidado de los canales, de las carreteras, de las instalaciones, las condiciones sociales (inadecuadas para fomentar la iniciativa) y muchos otros motivos originaron la contracción de la producción y la disminución del comercio.

Esta situación se intentó paliar por medio de intervenciones coercitivas. Con respecto al exterior, hacía tiempo que las

importaciones superaban a las exportaciones, con salida de metales preciosos (intensificada con los tributos dados a los bárbaros) que no se remplazaban en el interior, donde la moneda buena desaparecía atesorada. Además, todo esto se veía agravado por la elevación de precios consiguiente a la disminución de los productos y luego por la creciente demanda de moneda. El estado, que por su parte debía hacer frente a los gastos en continuo aumento del ejército, proporcionaba moneda en la máxima cantidad nominal que se necesitaba, si bien disminuyendo su calidad, todo lo cual daba origen a la fatal espiral de la inflación. También entonces la economía reaccionó según sus leyes espontáneas, es decir, volviendo a los cambios en especies.

Pero el paso de una economía monetaria que había visto en el mundo antiguo momentos de esplendor a una economía natural sin duda era un retroceso. Por su

parte, la autosuficiencia local exponía al peligro de las carestías. El estado se dio cuenta del proceso e interrumpió la acuñación de oro, reservada exclusivamente a los donativos a los soldados, y disminuyó la de bronce, al tiempo que emitía en enorme cantidad moneda que contenía un pequeñísimo porcentaje de plata y con la que se traficaba intensamente en el mercado. Mientras implantaba medidas coercitivas para la circulación de esta moneda, por su parte prefería cada vez más cobrar los tributos en especies.

Disminución de las actividades, especulación malsana, gran desequilibrio en la distribución de los bienes, vejaciones fiscales, escasez y miseria fueron los rasgos principales de la situación, destinada a imprimir algunos caracteres permanentes a la sistematización que seguiría a la superación de la crisis.

A.G.



Anverso y reverso de una medalla de bronce de Severo Alejandro, que también en temprana edad sucedió a Heliogábalo (Gabinete de Medallas, París). La obra más positiva de su gobierno fue el intento de restaurar la autoridad del Senado, pero no lo logró y el ejército siguió imponiendo su voluntad en todos los órdenes.

Heliogábalo. Cuando empezó a reinar tenía catorce años y murió a los dieciocho, o sea que sus excesos duraron sólo cuatro años. Pero siempre aconsejado por su madre Julia Soemias, que le predicaba que las orgías divinas eran un deber y tenía que dejar el gobierno a otros menos sagrados. Éste tenía que ser su primo, hijo de Julia Mamaea, algo más joven, pero con una preparación de piedad filosófica que podía hacer de él un excelente emperador. Le habían dado por nombre Severo Alejandro, porque apareció con una rara devoción por el macedonio Alejandro. El nuevo emperador, último de la dinastía de los Severos, practicaba cada mañana un culto en el Lararium, o capilla del palacio, donde había las imágenes de sus antepasados, más las de algunas "almas santas" (*animae sanctiores*), que eran Alejandro, Orfeo, Abraham, Apolonio de Tiana y hasta Jesús. Esto nos indica ya qué clase de moral y religión podía regir la política y conducta privada de Severo Alejandro. Renan le califica de "tierno y sentimental". Tuvo que ejercer funciones militares, pero lloraba cuando marchó a la guerra contra los persas.

Convencido de la necesidad del consejo de los más cultos y experimentados, no promulgó ninguna ley sin haberse asesorado del *consilium principis*, formado de setenta miembros, de los que veinte eran juriscultos y los demás senadores. Concedió a los artesanos el derecho de organizarse en gremios o *colegios*, como sindicatos con gran libertad. Los miembros de una asociación



El emperador Heliogábalo, que subió al trono siendo adolescente y ya sacerdote del dios Sol (Museo del Capitolio, Roma). Abandonando el gobierno en manos de su madre y abuela, se dedicó a ridículos cultos y a una vida de lujo y disipación. Por suerte para Roma, su reinado duró pocos años y su memoria desapareció tan rápidamente como su cadáver en las aguas del Tíber.



Ruinas del anfiteatro romano de Thysdrus, la moderna ciudad de El-Djem, al sur de Túnez. En tiempo de los Severos, la provincia romana de África era la más floreciente y desarrollada de todo el Imperio. De ella salió esta dinastía de emperadores y en ella se construyeron obras inmensas, como este anfiteatro, tan grande como el coliseo de los Flavios en Roma.

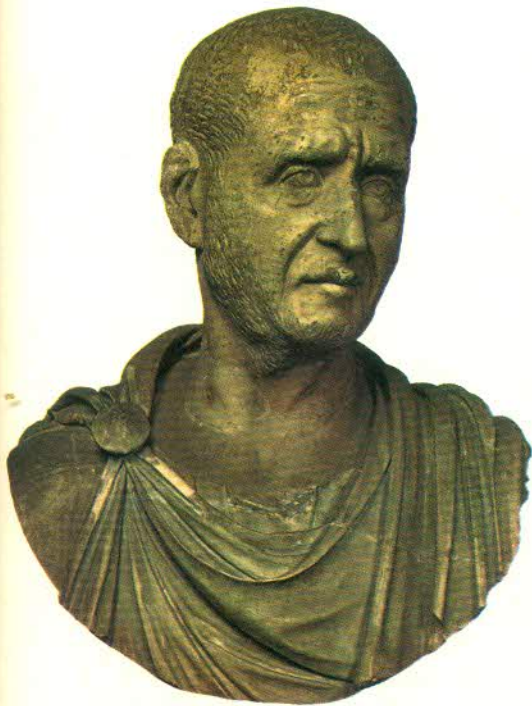


Ruinas del teatro romano de Timgad, Argelia, la ciudad mejor conservada de las existentes en África en la época imperial.

de trabajadores tenían el derecho de que los defendieran expertos de su mismo oficio. Además, Severo Alejandro regularizó la disciplina de los pretorianos, y el prefecto del pretorio adquirió una categoría de casi virrey y se preparaba para suceder al emperador.

Después de una campaña de defensa en la frontera de Oriente, enterado de que los bárbaros habían cruzado el Rin a finales del año 234, Severo Alejandro, siempre acompañado de su madre, pasó a la Galia, y en una discusión con los veteranos descontentos,

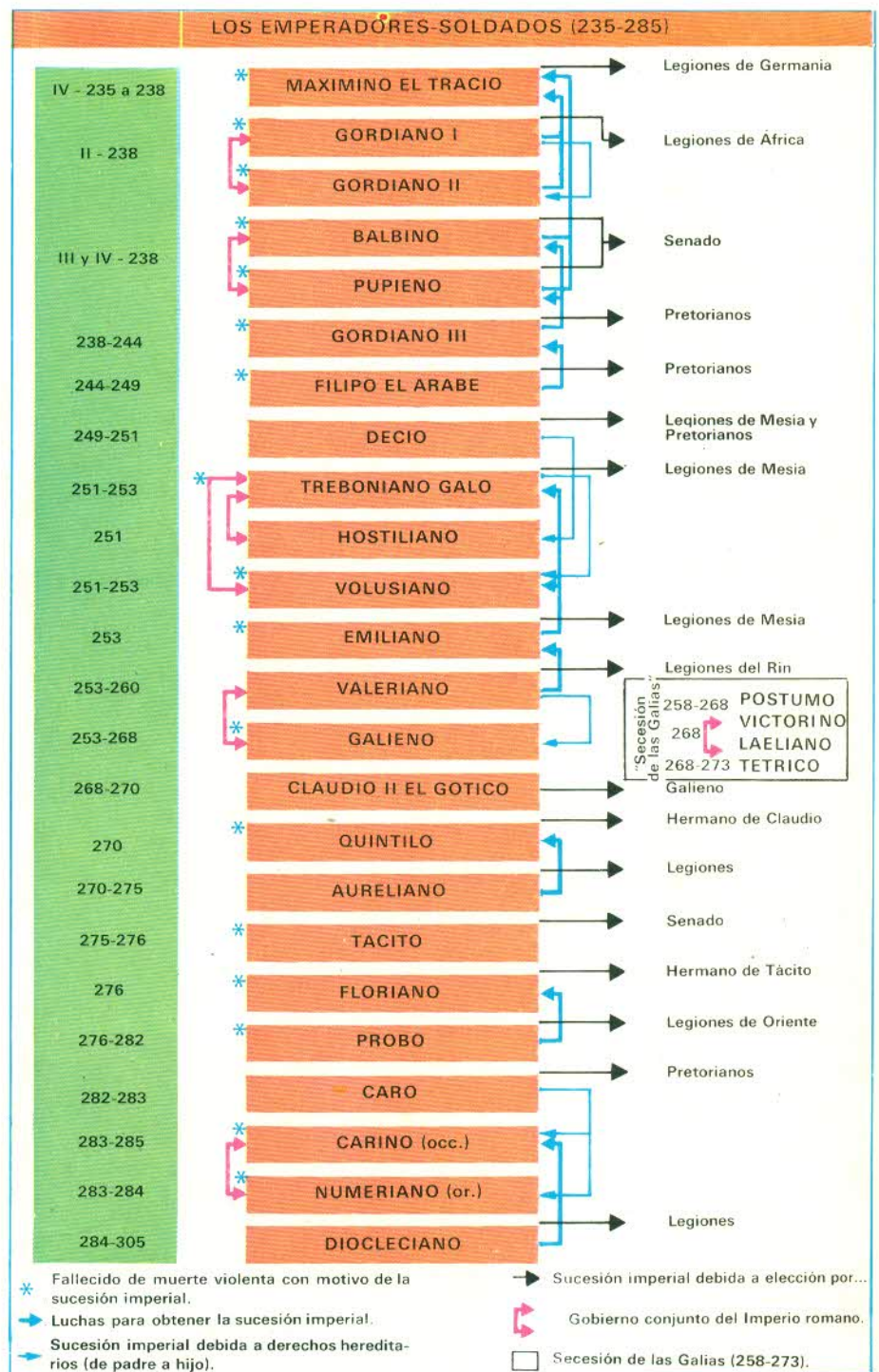
el emperador, su madre y su séquito fueron asesinados en la tienda donde se alojaban. Después de Severo Alejandro comienza un período de efímeros reinados que tendremos que enunciar para que se vea cuánto había degenerado el papel de emperador en aquellos últimos años. Las legiones, envalentonadas, propusieron los subsiguientes emperadores. En Maguncia, los veteranos aclamaron como príncipe a un simple soldado llamado Maximino, mientras que los grandes propietarios de África propusieron al procónsul Antonio Gordiano, ya de ochenta



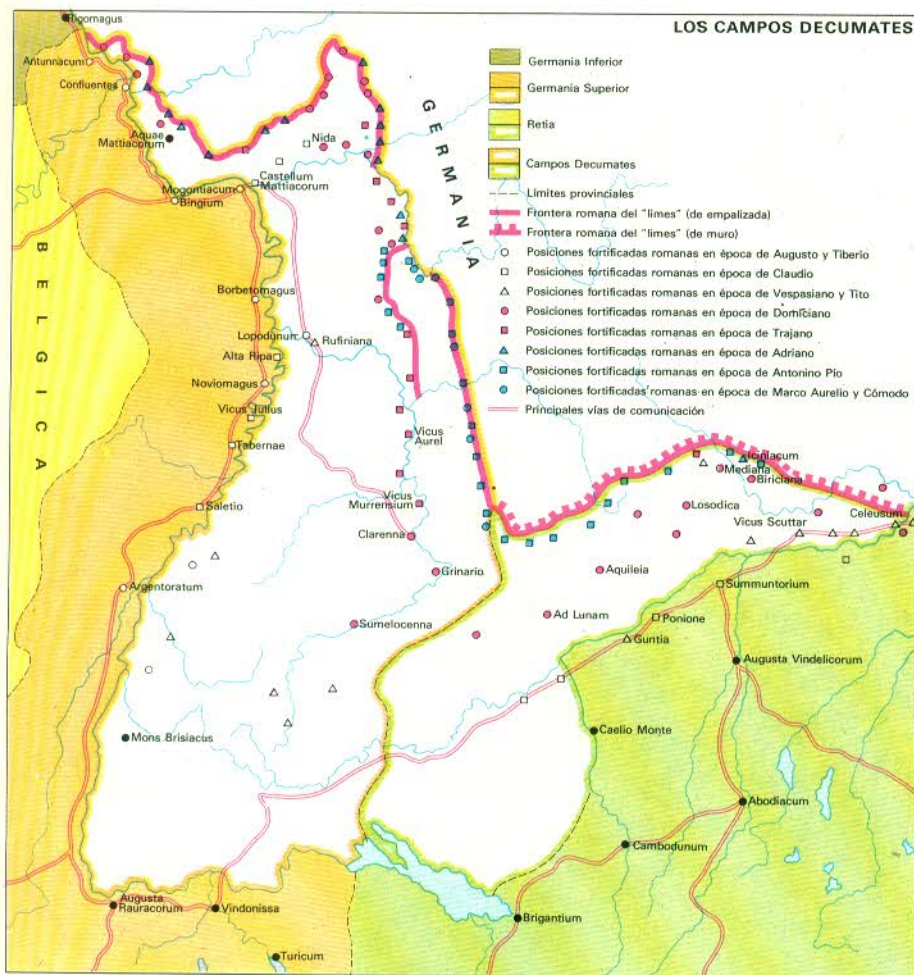
Busto del emperador Decio, elegido por los soldados en la frontera del Rin y reconocido por el Senado al entrar en Roma, tras derrotar a su predecesor (Museo del Capitolio, Roma). Empeñado en una importante campaña en Oriente, murió en el campo de batalla, cosa rara en los emperadores de esta época, que solían sucumbir asesinados.

ta años. Este primer Gordiano agregó a su hijo para que gobernara a su lado como César. Fue Gordiano II, y todavía hubo un Gordiano III, el nieto. Todos acabaron violentamente. En 238 aparecieron Balbino y Pupieno y más tarde Felipe el Árabe (244). Los dos primeros murieron pronto asesinados; en cambio, Felipe concluyó la paz con los persas abandonando parte del territorio imperial y regalándoles una contribución en metálico. Regresado a Roma para celebrar su triunfo, el día 21 de abril del mismo año quiso festejar el primer milenario de la fundación de Roma, que coincidía con aquella fecha, según los cálculos de Varrón. Estos *Juegos milenarios* duraron tres días y tres noches, con tantas fiestas y combates en el circo Máximo, que el pueblo de Roma pudo creer que había comenzado una era de paz y prosperidad.

Hubo todavía un conato de separatismo en las Galias: Póstumo (260) y Tétrico (268), por algún tiempo, se hicieron reconocer como emperadores y acuñaron moneda. Mientras tanto, el emperador legítimo, o simplemente romano, Decio, había sido aclamado por sus soldados después de una brillante campaña contra los godos. Decio



ocupa un lugar en la Historia por su feroz persecución de los cristianos. Este y los dos subsiguientes emperadores tuvieron gran empeño en restaurar la vieja tradición de la Roma republicana, con su culto y sus costumbres. Es comprensible que, después de los excesos religiosos de las princesas sirias y de sus protegidos, los de pura raza latina debían sospechar del cristianismo, que conocían sólo por su desacato a los antiguos dioses capitolinos. Para evitar los castigos sólo era necesario firmar un *libelo* o escrito de renunciación a la fe de Cristo. Eran bre-



ves y no comprometían a nada, pero en el propio Egipto se han encontrado ya cincuenta y tres *libelos* de este tipo. Decio y su hijo murieron en la actual Rumania en 251.

Le sucedió Triboniano Galo, prefecto de aquella región. Fue aclamado emperador por las legiones, pero no duró más que un año. En lo que es hoy Suiza, las tropas eligieron a Valeriano, de ilustre familia romana. Aclamado por el Senado, en seguida, para hacer más fácil el gobierno, se asoció a su hijo Galieno. Éste debía quedar como emperador en Occidente, mientras Valeriano marchaba a detener a los persas en el Éufrates. Allí fue derrotado y hecho prisionero. El rey persa Sapor lo retuvo como esclavo, utilizándolo a menudo como escabel para sentarse en su trono, y a su muerte lo hizo embalsamar. Su hijo Galieno continuaba como emperador en Roma, persiguiendo a los cristianos y sin preocuparse mucho de la suerte de su padre. Fue asesinado en 268. Se dice que antes de morir pasó las insignias de poder a un ilirio llamado Claudio el Gótico. Duró dos años.

El sucesor, Aureliano, por su actividad y energía se parece a Septimio Severo; por sus proyectos de transformación, a Diocleciano. Empezó a gobernar en 270 y sólo pudo reinar con dificultades hasta 275. Pero en estos cinco años preparó el gran cambio. Aurelia-

Detalle de un pectoral del siglo III en que figura una batalla entre romanos y bárbaros, tema tan actual en tiempo de los emperadores soldados (Museo Romano, Brescia).





Ruinas de un templo romano en Palmira, capital de Siria. La reina de Palmira, que en tiempos de Galieno era Zenobia, ensanchó las fronteras de su reino hasta dominar un vasto Imperio, en perjuicio de los romanos. Fue Aureliano quien salió al paso de sus ambiciones y la llevó prisionera a Roma.

Busto del emperador Galieno, hijo y sucesor de Valeriano (Museo del Louvre, París). En su reinado estallaron rebeliones exteriores en todos los puntos fronterizos del Imperio. Una conjura militar acabó con su vida en 268.

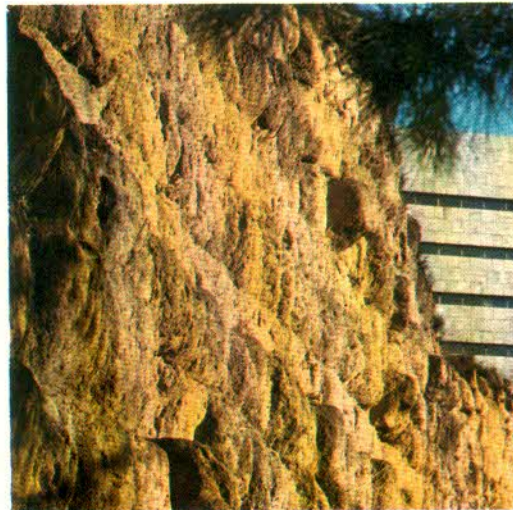
no combatió enérgicamente a los bárbaros, que en esta época atravesaban la frontera audazmente; marchó a Siria para acabar con el reino de Palmira, que se había engrandecido y ensoberbecido, y por fin celebró un triunfo bien merecido. La más espectacular obra de Aureliano son las murallas de Roma, aún en buen estado de conservación. Roma iba creciendo y su recinto se había ensanchado varias veces, pero entonces era lo que hoy llamaríamos ciudad abierta, porque los barrios suburbanos rebasaban las murallas. Aureliano quiso ponerla a cubierto de una sorpresa. Su obra para la construcción del recinto es algo único en el mundo. La muralla tiene una longitud de 18.837 metros y encierra una superficie de 1.730 hectáreas. Este inmenso perímetro está rodeado por una cortina de obra de ladrillo bien construida, sobre un basamento de piedra. Reforzada con torres cuadradas en los puntos vulnerables, tiene puertas magníficas, con hasta cuatro entradas, con torres circulares y espaciosas para cobijo de la guardia.

Aureliano, por muchas razones un gran emperador romano, murió lejos de Roma, víctima de una venganza particular, sin ninguna razón política, y fue enterrado allí mismo. Había hecho elevar en el foro una estatua de oro a la deidad protectora del Imperio, *Genius populi romani*, numen o espíritu, no un dios.



BIBLIOGRAFIA

Aymard, A., y Auboyer, J.	<i>Roma y su Imperio</i> (tomo II de "Historia general de las civilizaciones"), Barcelona, 1960.
Calderini, A.	<i>Storia di Roma. VII. I Severi. La crisi dell'impero nel III secolo</i> , Bologna, 1949.
De Robertis, F. M.	<i>Il fenomeno associativo nel mondo romano dai collegi della repubblica alle corporazioni del basso impero</i> , Nápoles, 1955.
Homo, L.	<i>Nueva historia de Roma</i> , Barcelona, 1955.
Levi, M. A.	<i>L'impero romano</i> , Turín, 1963.
Mazzarino, S.	<i>Trattato di Storia Romana. II. L'impero romano</i> , Roma, 1956.
Nack, E., y Wägner, W.	<i>Roma (el país y el pueblo de los antiguos romanos)</i> , Barcelona, 1966 (2. ^a ed.).
Passerini, A.	<i>I Severi, da Caracalla ad Alessandro Severo</i> , Roma, 1945. <i>Linee di storia romana in età imperiale</i> , Varese-Milán, 1949.
Pugliese Corratelli, G.	<i>L'età di Valeriano e di Gallieno</i> , Pisa, 1951.
Villeneuve, R.	<i>Héliogabale, le César fou</i> , París, 1957.



La protección de la ciudad de Roma, que ya contaba con estas antiguas murallas construidas tras el saqueo de la ciudad por los galos, fue aumentada en tiempo de Aureliano con una nueva y monumental muralla para defender la urbe contra los ataques de los bárbaros.